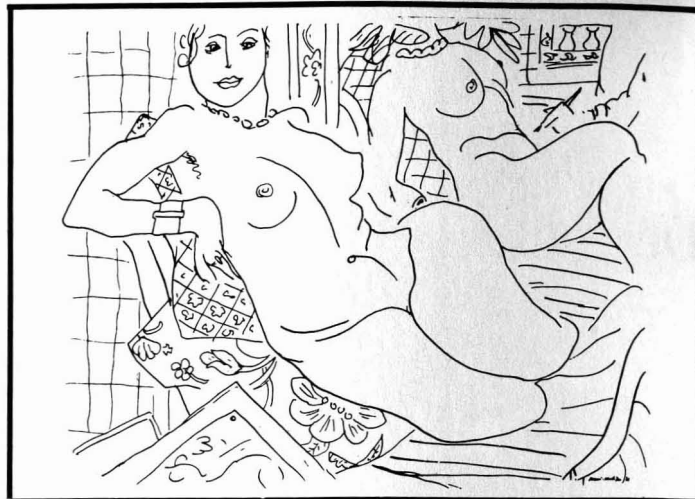


Ricardo Garibay



El amor es tiempo presente; no conoce pasado ni futuro.

Cuando el amante dice al amado: "Te querré para siempre", está diciendo de veras: "Te querré sin cambio; así como soy ahora amándote, te amaré; mi amor te amará tal como ahora te ama, te amará sin término y no sabrá desde cuándo ni le importará saberlo; te amará mi amor a ti como tú eres ahora, no cambiarás para mí, serás idéntico a ti mismo en mi amor; el tiempo no nos conocerá, el futuro no nos hará nada, el pasado desde hoy no existe. Para siempre amaré lo que tú eres —está diciendo el amante—, no valdrá cuanto el tiempo traiga sobre mí o sobre ti de hoy en adelante, porque siempre tú serás tú, y yo seré yo, amándote."

Entran desde ese momento los amantes en uno como espacio inmóvil, e inmóviles los dos no verán pasar los días ni transformarse la tierra de los demás, los que viven la multiplicidad y el movimiento y el acabarse de las cosas. Ellos, los amantes, están en el cielo, o en el infierno; ni en el cielo ni en el infierno hay pasado ni futuro.

II

¿En verdad no hay tiempo ahí? ¿Es el amor un poco, o un mucho, como la eternidad?

La eternidad, se dice, para entenderla de algún modo, es un presente que no pasa. No es tiempo infinitamente prolongado, sino un momento inmenso y constante en que *todo* está fijo, porque nada en la eternidad transcurre. Este momento se antoja enorme, digo, no medido, y robusto hasta no poder serlo más y espantosamente vasto, espeso, rígido.

Los amantes, forzosamente inmersos en el tiempo, viven su amor como cosa que no cambia; remedo de eternidad dichosa, o infortunada.

Para que ilusión tan grande y tan verdadera sea posible, el fingido presente eterno de los amantes debe ser una repetición incesante del pasajero presente que de veras viven; el más fugaz de todos los presentes, porque el amor, lo más humano de lo humano, ¿de cuántas cosas necesita para vivir?, ¿de cuánto del hombre tiene que echar mano para sobrevivir?

Los amantes viven ilusión de eternidad a fuerza de vivir un momento sumamente efímero repetido sin saciedad.

III

Pero si el amor es lo humano de lo humano, también es lo divino del hombre, su parentesco con la infinitud. Y creo que es inmóvil.

Lo que es móvil está sujeto al tiempo, a durar y a la sensación del durar. Si el amor tuviera ese supuesto no existiría. Ningún amor siente ni se asoma al pasado ni prevé su porvenir. A partir de esta previsión el amor cesaría.

Algo dentro de los amantes cristaliza, es decir, pierde su indeterminación y toma forma distinta y clara. Algo que no era, o que era vislumbre apenas, presagio apenas, brota como una

entraña más dentro de los amantes. Algo se hace sólido y transparente, cosa, cosa amorosa. Dentro de cada uno y entre los dos surge, y no crece ni se achica, el amor, la cosa amorosa.

El amante —el amado— es como un coágulo de felicidad o desventura, de materia impalpable y muy resistente; es como invisible monolito, tierna piedra, bloque de puro amor inmóvil. El resto de su ser irá y vendrá por el mundo, alterándose, matizándose, envejeciendo, padeciendo accidentes —y es lo que nos lleva a suponer que el amor varía, porque el ánfora que lo contiene —la persona— varía constantemente—, pero dentro de él, como el agua del pozo abandonado, el amor reflejará siempre la misma imagen.

IV

El amor humano es sólo imagen pálida del amor divino. Los hombres que consiguen este amor están, ante El Inmóvil, inmóviles. Aun su cuerpo parece que muere para que ellos, para que la parte de ellos que no se mueve, aún más sin moverse abandone su cuerpo, alce vertiginoso y quieto vuelo, llegue a la cima —cómo, dónde, cuál cima— y quede absolutamente quieta contemplando, amando al Amable sobre todo ser.

El Amable es, antes que todo, Amor, y El Amable es Inmóvil, el Amor en él es Inmóvil, y para amarlo hay que inmovilizarse. Con Su Inmóvil Amor me ama inmóvilmente. En mí mi amor es Su Regalo. Si amo, amo como Él —aunque yo sea el brillo de una punta de aguja—, me inmovilizo. Mi amor desde mí, a mi Amado, a mi amado, lo ama inmóvilmente.

El amor entre nosotros es nuestra porción de eternidad, nuestra imagen y semejanza del que Es Todo Amor.

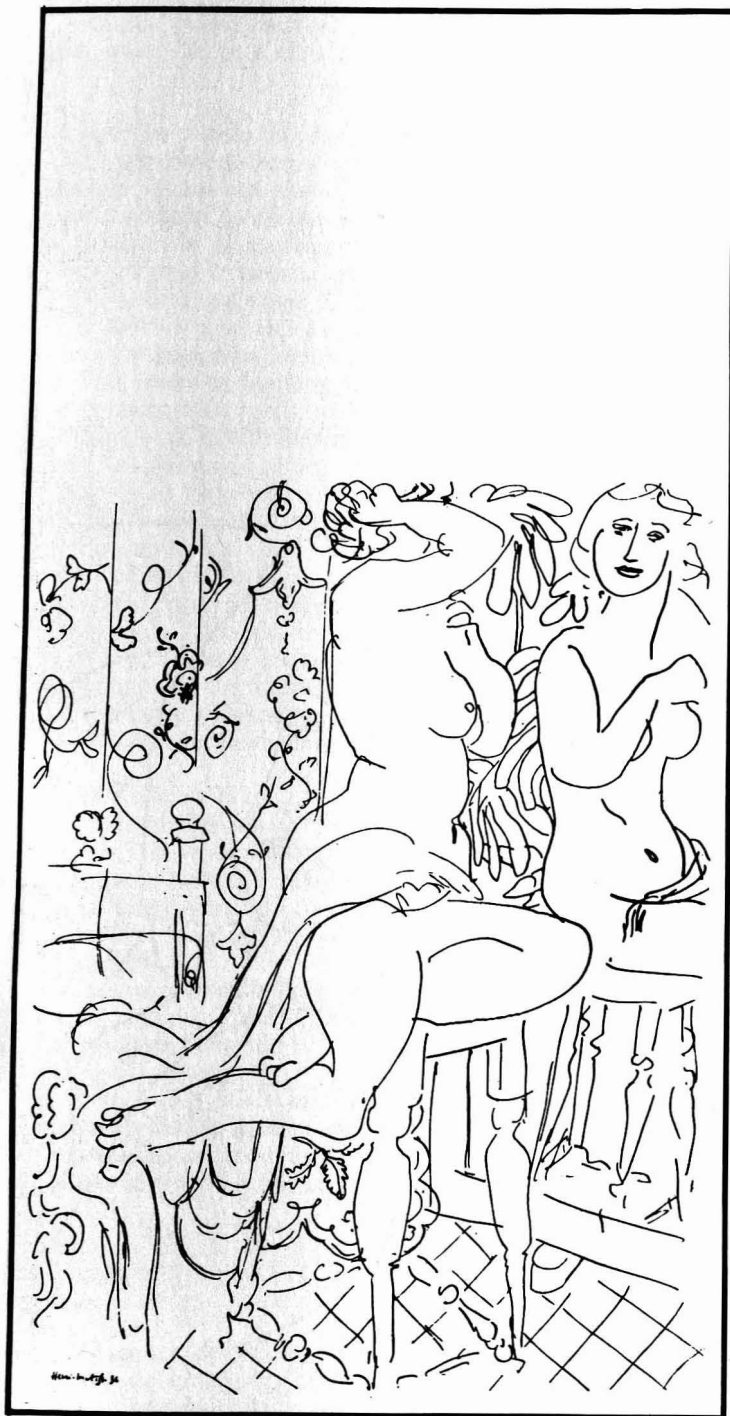
V

Parece que el amor es manantial y corriente; parece que es algo que se genera a sí mismo sin tregua. Así lo siente la mayoría de las personas. Las mujeres dirán que eso es lo cierto, y que el amor las acompaña fluyendo, buscando continuamente al amado, recreándolo en ellas.

Yo creo lo contrario. Las mujeres —en mayor medida que los hombres— se sienten vivir, bullir en el amor y por el amor, y andan en su cacería como si de un momento a otro fueran a perderlo. Se multiplican cazándolo, preservándolo; lo rodean, lo abruman de amuletos y exorcismos para que no las abandone y para que lo nutra a todas horas el amor del amado.

Esto ¿es de veras necesario? El amor ¿languidece sin diario alimento?, ¿sin a diario reconstruir, ojos adentro, la imagen del amado? El amor ¿necesita, para vivir, del amor del amado? Supongo que no. El amor es obrero insomne y minucioso; vela modelando, lejos de la voluntad, la imagen amada. Y supongo que tampoco necesita ser correspondido. Cuán lejos de su adorador, Beatriz, cuán móvil en el mundo, lejana siempre; y cuán inmóvil en el dolorido corazón de Dante, cuán persistente. Y no vive Beatriz por la *Comedia*; la *Comedia* debe su vida a Beatriz.

De amor y tiempo



VI

El amor, ciertamente, tiene hambre del amado. Y la ausencia de éste es dolor y su presencia es hartura. Pero no se debe el amor a la presencia ni a la ausencia del amado. El amor está donde está; su alegría o su aflicción son sus accidentes.

VII

Dice Proust que todo es cosa de un día en que el amante busca al amado y no lo encuentra. Ese día, una persona apenas diferente de las demás se convierte en el amado; no lo era antes de empezar la búsqueda. Swann ve con mucha frecuencia a Odette; su curiosidad crece, su atención se hace minuciosa. Odette despliega ante él —sonrisas, preguntas, abanicos, melancolías— la casi inagotable gama de sus misterios. A él lo va ganando el hábito de verla, el gusto inadvertido de saberla para él cuando él aparece. La relación se vuelve cotidiana. Una noche Swann sale a buscarla, ella no está donde siempre, y Swann pasa la noche buscándola. La noche se despuebla, se vacía, es oquedad o llenazón de muchedumbres resacas. Le parece a Swann imposible que ella no esté en ninguna parte para él. Y velozmente una única urgencia rebasa su corazón: verla, porque verla daría, ya desde esta hora, razón a su ser, certeza de estar siendo. La imagen de Odette como que entra por derecho propio en el amor de Swann, como que busca aposentarse ahí como en su propia casa, aunque con desconcierto todavía, un poco a tientas, algo borrosa la estancia, algo borrosa la imagen, temblorosa todavía. Pero hacia el amanecer Swann no ha encontrado a su elegida. Un París odioso de mil rincones la esconde. Y Swann la ama ya, sin remedio. Odette se ha vuelto presencia necesaria en Swann, presencia nítida, indeleble. Odette es ya el amado. En Swann ha nacido y alcanzado madurez en una noche, una estancia, una imagen, un bloque de cristal, algo que él no era, que no es él, que en adelante será él en carne viva: su amor, su amor a Odette.

Mientras nacía su amor, Swann estaba en el espacio y en el tiempo, su amor parpadeaba, húmedo todavía, queriendo nacer, como forma larvaria de amor o anuncio de amor. Al alba, eso, era amor perfectamente construido.

Digamos que el amor, naciendo, es estrella temblona, de vacilante luz, barnizada de sombras, de intermitentes apariciones, padeciendo su primera y su última movilidad. Nacido el amor, la estrella quedará fija en el pequeño firmamento que los amantes crean.

VIII

“Piensa en mí” —dice el amante al amado cuando deben separarse, y el mundo se le convierte en chusma de asedios para el amado, y para él en peligros de lejanía, peligros de movilidad, peligros de que el amado entre en el tiempo y en el espacio de todos los hombres.

“Pensaré en ti” —dice el amado.



Aquello quiere decir: "No oigas, no veas, no pienses, no hagas, no sientas, no vayas ni vengas, sé ciego, sordo, mudo, ausente para el mundo, sé para mí, no te muevas, permanece hipnotizado, inmóvil para mí."

Y lo del amado quiere decir: "Así seré, sordo, ciego, inexistente para el mundo, no habrá nada en que ponga mi ánimo, seré como en este momento: inmóvil para ti, no dejaré ni un segundo de verte, de estar contigo."

O sea, por mutuo acuerdo que no mencionan, que desconocen, en el comienzo anulan el tiempo; y cada vez que se separan vuelven a anularlo, ahora expresamente, porque el tiempo es, si entra en los terrenos del amor, el enemigo del amor. Hay que borrar el tiempo y el espacio, para que el amor viva; hay que vivir al borde de la vida, o en su más íntimo centro.

Si los amantes se separan, desmejoran: se afilan, languidecen, se ajan como planta sin sol. Y sin embargo, no lo advierten —aunque sí el resto del mundo— porque no sienten el paso del tiempo en ellos, están quietos, en contemplación, traspasados de deliquios, adoloridos de ausencia. Algo en ellos se duele, inmóvil, de la ausencia; y su cuerpo acusa las heridas de ese dolor, de ese su amor dolido que, si pudiera moverse, si pudiera asumir cambios, de algún modo se defendería, buscaría curarse, evitaría las rasgaduras.

IX

"Vi a Clara, estuve ayer con ella, y me decía..."

Dice el amante, veinte años después. Y el amigo que lo escucha: "Cómo ¿todavía amas a Clara? ¿No has dejado de verla desde hace veinte años?" Es decir: "¿Sigues inmóvil? ¿No existe el mundo para ti? ¿No tienes idea del tiempo? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te has movido? ¿Nada dentro de ti transita desde hace veinte años!"

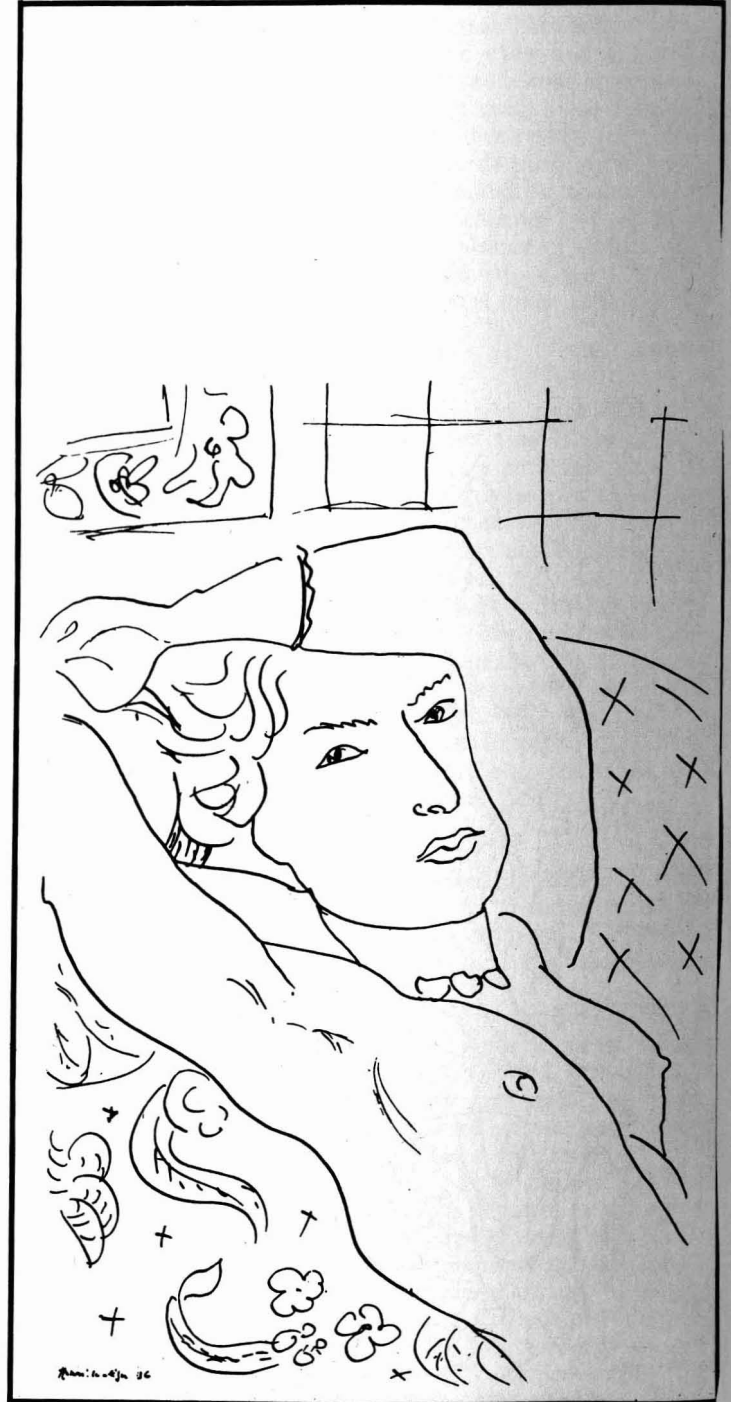
X

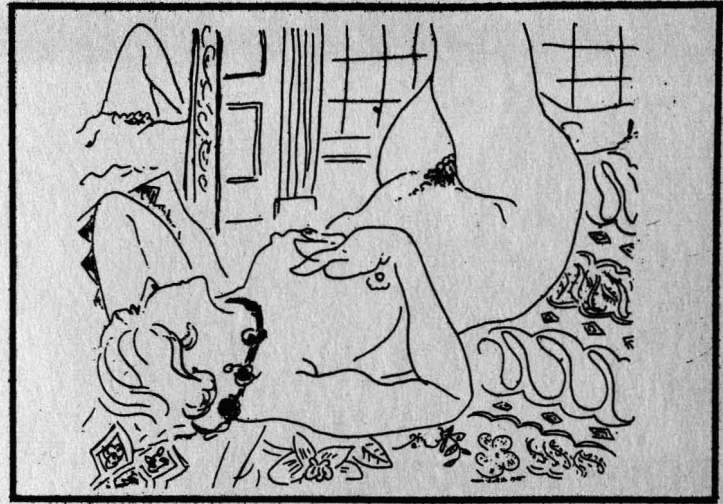
Esta mujer que amaste en 1930 es la misma que amas en 1955. Bah. Qué tienes. ¿La misma? ¿Y esas arrugas? ¿Y ese cuerpo sin elasticidad? ¿Y aquellas, te acuerdas, aquellas líneas de gracia en el paso? ¿Y esos dientes turbios, la mirada opaca? A esta mujer que amas ahora, así como la amas, la amaste hace veinticinco años; así como la amaste la has amado durante veinticinco años.

Los accidentes caen sobre los cuerpos y los deforman, sobre el carácter y lo arrasan, muchas veces en forma atroz. Pero el amor que anda contigo desde quién sabe cuándo, ha sido, es, un bloque de cristal perfecto desde aquella mañana en que ella cruzó frente a ti y tú dijiste:

—Esa muchacha. ¿Quién es esa muchacha?

Y sentiste que dentro de ti se abría un pozo, una violenta pena, un desesperado no tener algo, ya desde ese instante, muy amado.





—Quién. ¿Cuál muchacha? —preguntaron los otros, que veían cruzar frente a ellos a cientos de muchachas.

XI

Recuerdo un cuento, no sé de quién.

Un viejo obrero regresa a su aldea, maltratado y humilde. Recuerda vagamente a sus padres, algún rincón o un árbol, y a una muchacha que había amado adolescente. Conforme avanza, el rostro de la muchacha se dibuja. En unas peñas, arriba y lejos del pueblo todavía, se sienta a descansar. Contempla el caserío cuando oye pasos. Una vieja astrosa y encorvada viene por el camino, a su espalda un haz de ramas secas. Sus pasos menudos y pesados, sus toses, su figurilla vacilante, sus harapos. Pasa frente al hombre; un momento el sol la hace silueta; y en el lamentable perfil, todo arrugas y años agrios, de pronto, el hombre —un súbito mareo, un mudo estupor, un volver a ver afuera, un desmayo interno como si alguien atravesando todo lo largo de su vieja vida le golpeara rudamente la nuca— ve el perfil de la muchacha antigua, la finura inocente, el aire de líneas que murieron desde hace mucho y que en los ojos del hombre no murieron, no morirán jamás.

También recuerdo una secuencia cinematográfica.

Pueblo a la falda de un monte nevado. Alpinismo. Invierno con invierno secretas grietas y aludes se tragan a los más audaces. Alguna vez, las tormentas devuelven un cadáver.

La secuencia arranca con mucho ruido en la montaña y miedo en el casal. A la mañana siguiente; gritos, carreras, una noticia.

—¡Es Karl, es Karl! ¿Se acuerdan de Karl?

Gente alrededor de un joven de cristal helado, terso, iridiscente a la luz de la mañana, de tiernos ojos entrecerrados, sonrientes, que saludan. Y entre la gente que ve, apenas incrédula, apenas consternada, una ancianita quieta, natural. Se sienta junto al cadáver y lo mira:

—Aquí estás...

Las dos caras casi juntas. Una, bestialmente vieja; la otra, fuera del tiempo. Y las miradas.

Los nudosos dedos de la anciana se posan un momento sobre la frente del amado.

El joven había salido una noche, cincuenta años atrás, hacia la cumbre, y había muerto en la nieve. Su amada había vivido cincuenta años enamorada de una imagen que ahora un alud, un brusco deshielo le devolvía.



XII

Así es el amor: dentro del derrumbable cuerpo, unos ojos tiernos, como de cristal, dulcemente hipnotizados, que por arriba del vivir y del morir, desde su juventud perenne nos contemplan.

